

Hechos Extraños
Por:
Javier R. Cinacchi

(Cuento / Relato.)

Hechos Extraños

Por Javier R. Cinacchi

© 2021 por Javier R. Cinacchi. Algunos derechos reservados.

Sin variar el cuento / relato, y expresando que el autor es Javier R. Cinacchi, se autoriza a copiar y distribuir, siempre y cuando respete lo indicado; sin tener que abonarme los derechos de autor correspondientes. Siendo así, puede incluso imprimir este libro, y comercializar su versión impresa. También puede juntarlo a otras obras que tengan semejantes permisos (todos los libros que he escrito hasta ahora).

**Siempre piensa
si estás
en el camino correcto
pese a lo que pienses.**

Los hechos extraños.

Me llamo Hache, porque mi apellido es Haches, y cansado de que me digan “Hache”, me resigné a adoptarlo como nombre, ya que todos me dicen Hache y no Ángel, de paso les arruino la genialidad de su vaga creatividad, para con algún chiste o burla relacionada con la letra hache, cansado ya de oír siempre el mismo chiste. Te contaré los extraños hechos que me pasaron, y lo que pensé de ellos. Pero debo comenzar por el principio para que me entiendas. Todo tiene su causalidad aunque cueste descubrirla, tal vez vos des con una respuesta mejor que yo, aunque sospecho uno nunca estará seguro de qué realmente pasó.

Mi casa, son dos casas, separadas por un amplio jardín repleto de plantas que luchan entre sí por su existencia. En Argentina, Buenos Aires, tiempo atrás las casas eran bien grandes, y solían tener un buen terreno, luego los hijos tendieron a construir en la casa de sus padres por falta de recursos o de ganas de trabajar todo el día, como es mi caso. Esas grandes casas por distintos motivos prácticos generalmente se fueron haciendo varias en una. Mi vivienda quedó siendo dos casas separadas por un gran jardín.

La vida está cargada de misterios, de cosas inexplicables, misteriosas, fantasmas, demonios, Dios que puede hacer todo, pero no siempre lo hace tal cual nos gustaría ¿Brujos, gente con poderes paranormales? Y asumo que conocemos una parte demasiado pequeña de la verdad del universo, y bajo esos conocimientos es que evaluamos todo intentando encontrar respuestas. Cuando era adolescente eso me cautivó, y por lo que etiqueto como “mala suerte”, esa duda me mortificó en mi interior queriéndola disolver. Para peor, encontré un libro de adivinación en la biblioteca de mi padre, persona muy inteligente, trabajadora, y como todos, también con sus errores. La cuestión es que ese libro me ocasionó más dudas, y resumiendo empecé a estudiar un libro tras otro sobre las artes ocultas y sus misterios. Y repleto entre presuntas enseñanzas, se encuentran historias raras, de fantasmas, y peores. Contaré un poco más sobre porqué estudié las

ciencias ocultas. Para que no me faltara motivación, el vecino que se mudó en aquel entonces, y no está más, justo pegado a mi casa, me dijo dónde estudiar parapsicología, porque según él, y le creí, era vidente que había incluso trabajado con los militares. ¡Y qué casualidad! Cuando vendió su casa, la compraron una pareja de militares de rango medio -yo no sé nada de militares, pero sí que lo eran-, después a su vez la vendieron... Resumiendo, dediqué años de estudio exagerado a cosas extrañas, incluyendo parapsicología (el estudio de los fenómenos paranormales), y haciendo un montón de cursos. Incluso, me dieron un doctorado honorífico por mis conocimientos en un instituto privado donde sus directores me pidieron que enseñe. Y abrí un consultorio de parapsicología. Hice en el fondo de mi casa -que en realidad era la casa de mis padres-, una especie de templo a la intemperie. Tenía círculos marcados en el piso, altares, algunos símbolos en las paredes, una capillita con velas y figuras representativas, y todo simbolismo y dimensión cuidados...

Siempre fui una persona inteligente, algunas veces preferí no serlo, pero mi inteligencia y razonamiento analítico me persiguen desde que tengo uso de la razón, y peor aún, se acrecentó. Llegué a atender como parapsicólogo, a gente que decía que le pasaba cosas raras, y a veces yo también viví cosas raras. Pero un día dejé atrás la vida de “ocultista”, o parapsicólogo como prefiera etiquetarme, porque deduje que eso era un mal camino, cosa literalmente del diablo, ¡y yo que pensaba que era un camino de luz!

¡Huy las cosas raras que me pasaron cuándo lo quise abandonar! ¡Fue una guerra interna tremenda! Interna y algo externa, sentí que iba a morir. Y me dejó una secuela tal, que durante dos años o más estuve mal, como con síntomas postraumáticos. Aún, cuando en este momento, luego de algo así como veinte años mencionar esto; se me tensa el cuello y me crujen las vertebrales al moverlo para aflojarlo, por solo pensar en esa época vivida.

Si pudiera volver el tiempo atrás y cambiar algo de mi vida, no estudiaría esas cosas, y me dedicaría a bailar buscando lindas señoritas, lo digo realmente, siendo totalmente sincero. Es

más lo recomiendo: Mejor dedicarse al amor que al estudio de las ciencias ocultas, lo último es muy engañoso y peligroso. Soy en este momento tan sincero como aquel adolescente que estudiaba buscando la verdad, y al final aveces algunas verdades las encontré, otras no. Pero la fatalidad parece que persigue al ser humano, la sentimos, la tememos, tratamos de evitarla pero caemos en ella.

Mi madre estuvo de acuerdo con mis estudios, y luego me colaboró para que construyera mi casa, mientras que mi padre más bien me echaba, pero le agradaba que estudiaba esas cosas. En especial me echaba cuando discutíamos por sus perros. Lo que es la fatalidad, tanto familiares de mi madre, como de mi padre estuvieron relacionados, algunos de ellos, de algún modo con las ciencias ocultas. El primer hecho extraño que viví fue el siguiente. Cuando escuché pasos y alguien que golpeó en mi puerta, fue de adolescente y antes de estudiar cosas raras. Era de noche, estaba a punto de dormirme en mi cuarto, escucho abrir la puerta que da al jardín (que a esa hora estaba cerrada con llave y pasador); escucho pasos, y luego nuevamente pasos que se alejaban. Cuando le pregunté a mi padre, me dijo que él no había hecho nada de eso, ni mi madre. Para ser más exacto. Me pasó dos o tres veces en la misma fecha aproximadamente algo extraño, la primera vez escuché la puerta y pasos; la segunda la puerta, pasos y el golpear en la mía, y no me animé a abrirla parado detrás, como sintiendo de que alguien había del otro lado. La tercera vez me la pasé despierto toda la noche estudiando ocultismo y rogando que nada malo pasara. Y lo único extraño que pasó fue un trueno que se escuchó como si hubiera sido exactamente arriba de la casa, y mi padre un poco en chiste me dijo “¿no fuiste vos verdad?”.

Recuerdo cuando era niño me asustaba mirar en la oscuridad el fondo, donde luego practiqué ocultismo, y luego construí el departamento, “la casa de atrás”. De niño le tenía un poco de miedo a las puertas y ventanas que daban al jardín.

Pasados los años habiendo destruido en la parte de atrás mi lugar en donde ponía en movimiento, donde volcaba en la práctica cosas que estudiaba etiquetadas como “magia”, construí

ahí luego mi casa, ya habiendo abandonado esas prácticas. Y entonces quedó una casita atrás de todo, y una casa adelante de todo, con un jardín en el medio estilo selva.

Luego de casarme, tener hijos, y divorciarme; luego de que mi madre muriera de ACV, y mi padre de cáncer aproximadamente unos trece años después que mi madre. Y dejarme mi padre de herencia toda la casa más un montón de perros, y un montón de basura ya que se había vuelto “acumulador”, fui arreglándola de apoco. En especial, cuando por la pandemia cerraron los bares, donde frecuentaba.

Todo es tan sorprendente... Mi padre persona inteligente y honrada. Mi padre quien me enseñó a trabajar, y tal vez la persona que más he querido en la vida junto a mis hijas. Antes de que lo lleve al hospital porque ya estaba mal, recobró un instante la mente, y al ver toda su casa destrozada y llena de lo que yo llamaba “basura” y él “cosas útiles”, me dijo “¿Porqué está toda la casa así destruida? ¿Se metió alguien?”, le respondí “No papá, así la hiciste vos”. Yo me había literalmente cansado de discutir con mi padre por temas de limpieza, de que no junte “basura”, y de que no se llene para peor de tantos perros, creo que llegó a tener como veinte perros, y me hizo prometerle que se los cuidará después de muerto, cosa que hice. Su razonamiento falló, ya cuando mi madre había muerto, él había comenzado a ser distinto, y sus vicios se acrecentaron. Él no tomaba, pero era avaro y no podía tirar nada, más aún, veía una maderita tirada en la calle, un trapo, una revista, u otras cosas que consideraba buenas, y lo traía para guardarlo, o por si lo necesitaba para algo. El resultado, habitaciones repletas de lo que yo llamé basura. La mente y el comportamiento siempre lo tenemos que cuidar, cuando había estudiado parapsicología, también estudié psicología, y yo también siempre me he autoevaluado.

Ahora que más o menos comprende un panorama general, aunque mínimo, de la historia de la casa y de sus habitantes puedo relatar lo que realmente quería.

Luego de años un día me llamó la atención lo siguiente: Fui a la casa vacía de adelante yendo desde la casa de atrás, y cuando voy a entrar, escucho un ruido extraño. Entro, y veo el

ventilador de techo prendido, y ese ventilador estaba apagado días antes. Me asusté, fue un hecho imprevisto. Le di vueltas en mi pensamiento a lo ocurrido, y sin lugar a dudas, ese ventilador estaba apagado, pero apareció prendido. Le conté a mi novia del momento, y ella me relató una historia de una cajita de música que sonó sola y cómo ella sintió a su padre más un gran susto que la hizo salir corriendo, y cuanto tocó el suelo dejó de sonar. No voy a relatar cada detalle que me generó la seguridad de que tal ventilador estaba apagado, y de que no podía prenderse solo o prenderlo por error. Su interruptor es una perilla, y si la girás el ventilador de techo enciende, y si no, no. Si lo ponés en “cero” se apaga.

En mi mente lo resolví como “voy a pensar que esto es una advertencia de algún tipo, mejor comienzo a cerrar todas las puertas con llave al pasarme de una casa a la otra”. Pero claro, me la paso pasando de una a la otra casa, un montón de veces por día, y me cuesta cerrar con llave las puertas que dan al jardín, ya que voy y vengo, voy y vengo... Y no lo hice totalmente a cada momento.

Me dije a mi mismo “no me pondré paranoico por un hecho inexplicable”, pero sin embargo me quedó gravado en la memoria, y seguí con mi vida normal, aunque ahora cerrando las puertas que dan al patio con llave, cuando sabía que iba a tardar horas en no pasar por ellas.

Pasó como un año y medio de ese hecho. Un día pasé el escobillon al piso de uno de los patios de adelante -el que da al jardín-, como muchas veces lo he hecho, y ese escobillon lo dejé en el patio apoyado contra una columna de madera de un techo de tejas. Al día siguiente, al pasar de una casa a la otra, y pasar frente al escobillon, este estaba totalmente recto, como haciendo equilibrio en sí mismo sin caerse. Me llamó mucho la atención, no sabía que podía estar así. Nuevamente yo estoy totalmente seguro que luego de barrer, el escobillon lo dejé apoyado contra la pared, y no me estuve entreteniéndolo haciendo equilibrio con el mismo intentando que quede de forma vertical toda la noche...

¿Qué decir? No le encontré explicación lógica a lo sucedido, que mis hijas no tocaron el maldito escobillon, que el único

perro que queda, no creo que lo haya movido y quedado derecho, etc. ¿Cómo apareció ese escobillon de estar inclinado a estar “haciendo equilibrio”? Sin saberlo.

Cuando pienso estas cosas recuerdo un caso de una mujer que conocí, trabajadora, buena persona, que un día le agarró un delirio de persecución tal, que se encerraba en su casa con un montón de cerraduras, y tenía miedo de salir a la calle. Y ella un día me dijo: “Es que yo la servilleta la dejé lisa, y apareció doblada, y aveces hice pruebas y alguien se metía en mi casa y cambiaba cosas de lugar”. Y esa deducción a ella le llevó a vivir con miedo, aislada, y bajo el apodo de “loca”; que yo ahora me doy cuenta, luego de ser más inteligente que antes, que no es ni más ni menos, que su razonamiento confundido tratando de encontrar una explicación lógica, y haciendo lo que no se debe: sucumbir al miedo. ¿Y yo qué hice con el maldito endemoniado escobillon? Nada. Pero sin embargo fue otro suceso más grabado en mi memoria. Y desafortunadamente ahí no terminó. No se solucionó el hecho con no hacer nada, a veces eso funciona, pero en este caso no funcionó, se volvieron a repetir hechos extraños.

Es interesante el pensamiento humano, primero pensamos, luego actuamos, generalmente, y sospecho que cuando decimos que “actuamos sin pensar”, en realidad actuamos según lo que somos, lo que venimos pensando siempre, lo que tenemos dentro. Y yo luego de lo del escobillon... recordaba el caso del ventilador, y cómo si fuera poco sospechaba que en una oportunidad me habían desaparecido dos remeras, en dos veces distintas, buenas remeras, nuevas, por ejemplo porque compré dos y solo tenía una de esas dos, y esto se repitió dos veces. Y aveces, juraría que algo que dejé en un lado estaba en otro. He incluso me he preguntado ¿pero cómo entró el gato? ¿cómo es que no lo vi? Es rapidísimo sí, pero aveces me sorprendió haberlo encontrado dentro cuando estaba fuera. Pero cuando me parece que una cosa está fuera de su lugar, nunca le había dado importancia, porque siempre estoy pensando o haciendo cosas y dejo todo tirado por todos lados, y allí supongo simplemente me confundí o olvidé dónde dejé algo por no prestar atención. Sin embargo las

remeras negras nunca aparecieron. Me suelo vestir todo de negro secuela de ser metalero.

En fin, se me pasó por la mente al juntar lo del escobillon más lo del ventilador, el hecho de ¿será un fenómeno paranormal? ¿un fantasma? ¿qué efecto desconocido puede variar cosas en mi entorno? Y ahora entiendo en carne propia, porqué algunas personas me consultaban, porqué se abría sola y lentamente la puerta de su mueble delante de sus ojos, o cosas extrañas... y eso que a mi, como dije, me han pasado cosas extrañas. No generaré ninguna explicación mística, simplemente volví a ignorar los acontecimientos.

Un día entró un ladrón en la parte de adelante, al garaje. Pobre ladrón... Seguro que fatalmente terminó impulsado a su miserable vida de ladrón, pero que ladrón hdp. Yo estaba durmiendo delante, aveces duermo en la casa de adelante, aveces en la de atrás. Escucho ruidos, el garaje da a un patio, no el principal, sino otro de costado de la casa, ahí hay una ventana. Me quedo apoyado contra la ventana, quiero pensar que es un gato. Hago un ruido con la boca, pronuncio “ti, ti, ti”, escucho más ruidos -creo que son del techo del garaje, de chapas-; miro por la mirilla de la puerta de adelante que da a la calle, esperando ver saltar un gato por la reja, y veo saltar a un flaco cargando una mochila pequeña en su espalda, no le veo la cara.

Yo enojadísimo, porque se metió en mi casa, pero robó estupideces. Una batería vieja de auto, unas astas de un ventilador de techo, y no sé qué más se habrá llevado porque no se bien qué había ahí dentro. Todavía está lleno de cosas de las que acumulaba mi padre, prácticamente no he acomodado tal lugar, por hacer otras cosas. Supongo, aunque lo dudo, que se habrá llevado algunas herramientas y cosas viejas para vender. No quiero aburrir con el relato, pero hice lo lógico, puse vidrios rotos agarrados con cemento, por donde supuse que entró, y unos pinches para que no vuelva a pasar fácilmente, y quedé medio traumatado durante un tiempo, durmiendo con el revolver al lado, pendiente toda la noche de ruiditos, y con todas las luces de afuera prendidas para ver mejor, mientras que las de adentro apagadas para que no se me vea en la oscuridad al momento de dormir.

Pasaron días, yo prácticamente cómo si nada -luego de que se me pasara el enojo-, no hice más allá de seguir intentando cerrar las puertas del patio de mi casa por si acaso cada vez que salía de una casa a otra. Luchando en mi interior con el concepto de “¡Qué mierda! ¿tengo que vivir sospechando de si alguien se mete adentro? Este país cada vez peor...” Y a veces también están mis hijas, imagínate, que andar cerrando y abriendo puertas con llave a cada rato es incómodo.

La casa fue llenándose, ya antes de que relate esto, con rejas por todos lados, cada vez más ladrones. Si me pusiera a buscar a un argentino que no le hayan robado, sería algo difícilísimo entre las personas adultas.

Unos días después del acontecimiento del ladrón del garaje, como siempre pasando de una casa a la otra mientras hago cosas, al llegar a la casa de adelante, me sorprendió a medias, la puerta abierta. Enseguida reté a mis hijas que estaban en la casa de atrás conmigo: “¡Todavía no aprendieron a cerrar una puerta cuando la abren!”; “Pero pa, si no fuimos, habrás sido vos”; “¡Yo sé cerrar una puerta, cuando fui la cerré!”. Aunque a veces ni miro cómo la cierro y queda media entreabierta. Pero a ellas no les conté, qué fue lo que realmente me alteró. Vi esa puerta abierta sabiendo que yo la dejé cerrada (aunque luego lo dudara), y cuando fui al dormitorio de adelante, vi la puerta del armario abierta, donde guardo el revolver. Cuando vi esa puerta abierta del armario, osea ya dos, deseché prácticamente que fuera error mio, ese armario incluso no lo toqué en días. Revisé el revolver, vi si tenía sus balas... y quise pensar, y así lo hice: “la puerta la cerré mal yo, el armario se abrió solo, tal vez por el viento”.

Me había comprado una de las remeras negras que me gustan, de oferta. Me iba a bañar en la casa de atrás, y ya temiendo lo peor, quise comprobar si la remera nueva seguía en su armario. El armario que mencioné anteriormente, el abierto teóricamente solo, había sido el de la casa de adelante. La remera no estaba en el de atrás, donde la dejé. Infructuoso fue buscarla, a los cuatro día de haberla comprado desapareció, un día antes se había ido una hija a la casa de su madre, ella me aseguró no que

la tenía, que la última vez que la vio fue cuando la traje y la dejé en la mesa de la casa de atrás.

Si quisiera sumar misterio diría, que esa mesa es de las pocas cosas que perduraron de cuando era brujo. Pero la mesa es solo una mesa, que me la quedé porque está bien hecha. Y recordaba perfectamente haber guardado mi remera nueva en donde va la ropa.

Tenía una computadora portátil al lado del armario donde estaba la remera, la computadora seguía ahí, la remera, esa remera negra nueva no. Podría darle un final a esta historia de la forma que sea, pero los finales a veces no existen. Si quieres uno, sería el siguiente: Ahora sospecho de algún vecino, que me escucha cuando paso de un lado a otro, que se tienta por robar algo que no le pertenece y de paso entretenerse haciendo alguna broma, tal vez por el simple hecho de su maldad interna (el escobillon). Algunos ladrones no roban porque les falte dinero, roban por la emoción de robar, todos los que trabajan en seguridad en un supermercado saben bien esto, o supongo yo, porque les da bronca pagar algo que consideran caro comparado a otras cosas. Te puedes encontrar a un sujeto bien vestido, robándose alguna tontera que podía pagar tranquilamente. Así que a la gente es muy difícil conocerla.

Ahh me olvidaba, el caso del ventilador, un día noté que su motor podía trabarse, si la perilla se giraba al revés, y en vez de ponerlo en “0” quedaba en “5” su valor mínimo, y podía quedar como trabado más de un día, y en un momento arrancar, creo que no fue ningún fenómeno paranormal tipo advertencia del más allá, sino un fenómeno físico eléctrico. Pero aunque resulte extraño, en mi alma me cuesta no tener dudas. Las remeras negras nunca aparecieron, y en la pared que da al vecino llego a ver un caño por sobre los vidrios rotos que se suelen poner para que no se trepe nadie, y me está tapando algunos. Primero pensé “debe atar algo a ese caño”, ahora luego de lo sucedido ya no se si pensar “¿lo puso ahí para no cortarse cuando salta esa pared baja?” e incluso “¿Cuál de todas las personas que me rodean será?”. Llegué a juntar en mi razonamiento el hecho anterior de *la puerta abierta de adelante junto a el armario abierto*, al de la

remera faltante del armario de la casa de atrás, ambos hechos prácticamente de un día para el otro, deduciendo tal vez que a un vecino le gusta robarme las remeras negras nuevas, y de vez en cuando se da una vuelta a ver qué encuentra, estando atento de en qué casa estoy. Ahora si esta es la verdad no lo sé. La realidad es que si voy a mejorar la seguridad de mi casa, lo tengo que hacer en todos lados, dedicándole, tiempo, dinero, y esfuerzo además de que no quiero que mi casa se vea como una cárcel. Una cárcel hecha por su propio dueño, ¿en los desvaríos de la mente intentando encontrar un razonamiento que le convenza? o ¿sobrevivir en la actualidad donde tal vez alguien es un loco delincuente y te enteras tarde? Afortunadamente ideas del más allá no tengo, porque es tanto el rechazo que actualmente me generan esas cosas -salvo el cristianismo-, que no pasa a ser más que una niebla de idea que se disuelve inmediatamente. Ahora, imagínate lo cuidadoso que seré con mi siguiente remera negra que me compre... O tal vez la deje como trampa y analice todos los días a ver si está en su lugar. Si algún día muero y encuentran una remera negra en una caja fuerte, no sería de extrañarse conociendo esta historia, o incluso si en la actualidad alguien me ve espiando envuelto en silencio desde una casa a la puerta de mi otra casa, me entendería al leer esto. No me desvelo... hago vida totalmente normal salvo algunos instantes extras, como al dirigir miradas de desconfianza, sino las últimas palabras de esta historia llena de acontecimientos extraños sería algo trágico. De hecho ya le encontré una utilidad al suceso: escribirlo. Qué cosas extrañas que tiene la vida, y no he relatado todas las que he vivido malas, y ni mencioné una sola buena, que también las hubo.

Cuando estudié ocultismo y demás, me decía, “tiene que haber cosas espirituales sobre lo material que desconocemos y generan efectos”. Ese pensamiento no cambió, solo que me hice cristiano, y pese tampoco encuentro todas las respuestas. Supongamos que sea casualidad, ¡¿tantas casualidades?! Pero mejor a disfrutar de la vida que a encerrarse acosado por pensamientos oscuros, pero decime: ¿Cerrás bien las puertas de tu casa cada vez que entrás y salís? Especialmente la que da al jardín ¿Nunca te desapareció una remera o algo?

Si te gustó mi relato
¡Busca más!
Javier R. Cinacchi,
te saluda.

